

# *El arte de la pérdida*

(De tiempo)\*

---

*Ricardo Azuaje*

Debía ser la quinta o sexta vez que se tiraba en el piso, cuaderno y pluma en mano, con intención de dar inicio a esas cinco cuartillas que justificarían su viaje a Mérida y el acceso a un descanso tal vez no merecido, pero sí necesario. “Ars narrativa” ¡Por Dios! ¿Se trataba de hablar del arte de narrar en general o de su poética en particular? ¿Cuál poética? Nuevamente se encontraba en el mismo estado de inmovilidad mental de las ocasiones anteriores. Divagando tropezó con un pequeño dinosaurio de goma que le habían regalado en esos días de fiebre jurásica y recordó parte del diálogo que se iniciaba con “Dios creó a los dinosaurios”. Tuvo una iluminación y comenzó a escribir.

“En el principio era el verbo”. La frase con la que comienza el Génesis siempre me ha dado la impresión de estar incompleta, de que algo le falta. ¿Cuál verbo? Uno hasta se siente tentado a echar la culpa a la traducción y pensar que se comieron el verbo que estaba al principio, o sea, al final. Supongamos con Durrell y Darley, ambos escritores, que el verbo del principio era “érase”, con el que se inicia tal vez todo ese mosaico de textos que amparamos y —a veces— condenamos bajo el nombre de literatura, o ficción. Érase una vez un rebaño de hombres que en torno a una fogata, una noche cualquiera del Cuaternario, entre glaciación y glaciación, inventó el pasado junto con el arte de narrar, ¿quién iba a decirle a Brimoc, Wadi o como se llamara, que miles de años más tarde otro rebaño de hombres se reuniría para discutir en torno a ese arte de

matar el tiempo por las noches, en un país que lentamente, pero con paso firme, intenta volver a la edad de las cavernas? ¿Y que un sujeto, con apenas tres libritos publicados que juntos no alcanzan a sumar doscientas páginas, se encontraría disertando sobre un aspecto de su vocación que a estas alturas sigue sin tener claro? Más allá de la indignación de estos cromañones antecesores y clarividentes, creo que tenemos un par de cosas en común, y es que consideramos esa faceta de la ficción con algo de temor místico, y es probable que compartamos la misma ignorancia respecto al tema. Los siguientes fragmentos son apenas algunos intentos de este *homo sapiens bis* por aproximarse a lo que podría ser una poética de su escritura.

Debía ser la octava o novena vez que se lanzaba en el piso, cuaderno y kilométrico en mano, y sin ningún fragmento de los que había anunciado. Su problema ahora residía en que cada vez que pensaba en la poética se le atravesaba una pregunta que nunca se molestó en responder: ¿por qué escribía? Sabe que en un momento de su infancia atravesó la frontera que separa al escritor del lector y, sin dejar de leer, comenzó a escribir. Borges, en uno de sus relatos, señalaba que todo lector es en el fondo un escritor frustrado, bastaba dar una vuelta por los depósitos de la editorial donde trabajaba, él, no Borges, para constatar la verdad de esta aseveración: centenares de manuscritos rechazados en espera de sus dueños o de la fecha tope para ser destruidos. El tuvo un poco más de suerte, había publicado. Se preguntó por qué y se sumió en la lectura de lo que había escrito sin responderse. Génesis, Cuaternario, Durrell, demasiada soberbia para concluir pariendo un ratón, cual montaña de Esopo.

Abandonó el piso y se asomó a la ventana, en los otros apartamentos la gente se preparaba para cenar o estaban disfrutando de un programa de televisión, mientras él fumaba cigarrillo tras cigarrillo y trataba de elaborar una poética que nunca tuvo. Y todo por viajar a Mérida, como si no hubiera tenido suficiente con los tres años que pasó en ella, simulando estudiar. La culpa era de Balza, sí. Si no le hubiera dicho que su primera novela prometía, si no lo hubiera estimulado, ahora, en el peor de los casos sería profesor de castellano en alguno de los liceos donde estudió. Pero no, resulta que, aunque era impublicable su libro mostraba a un escritor en potencia, influenciado por Carson McCullers y Francisco Massiani. A la primera no la había leído (de hecho, al principio creía que era un hombre), pero al segundo sí y ese fue el primer golpe que le propinó la escritura, el de la "angustia de las influencias". Creía que los temas que estaba tocando eran originales y resulta que no; descubrió el agua tibia: ya todos los temas habían sido escritos y reescritos, las anécdotas y la experiencia humana tienen un límite. Sin embargo y contra toda sensatez, continuó escribiendo e hizo de ese acto el eje de su vida.

Apagó el cigarrillo en el mortero que le servía de cenicero y repasó los temas sobre los que había centrado su escritura: el amor, el compromiso político, la presencia de lo fantástico, la muerte, la búsqueda de algo parecido a la identidad. Dos terceras partes de los escritores de este país y de media Latinoamérica podían jurar con una mano en el pecho y otra sobre la lista de arriba: "éstas son mis obsesiones o preocupaciones fundamentales". ¿Era eso una poética o sólo una declaración de buenas intenciones? Claro que también estaba el aspecto formal; pensó Quasimodo, la estética del asunto. ¿Cómo se narra la realidad con algo tan fantástico y arbitrario como la palabra? En ese momento Aristóteles colgó la toga y se fue a la cama con el cuaderno, la pluma y la poética, pues, seguir en el piso con esta pregunta se le hacía duro.

Antes de continuar con la tragedia encendió el radio y le cayó un resumen de noticias: esa tarde comenzaba a discutirse en el Congreso si Carlos Andrés se iba definitivamente o no, si se declaraba la falta absoluta; más amenazas de inestabilidad, rumores de golpe. Se preguntó si en caso de darse un golpe de estado continuaría la Bienal y el viaje a Mérida. Probablemente no. Había que velar por el sistema democrático, al menos hasta después del 25 de septiembre. Cómo se podía estar pensando en el arte de narrar cuando todo el país se encontraba tratando de aprender el arte de sobrevivir. No sabía cómo, pero lo cierto es que se podía: hay montones de cosas que son más importantes que escribir, prácticamente todo debe ser más importante; sin embargo, allí estaba, descubriendo que, aunque tal vez no fuera poseedor de un ars narrativa, era dueño de algo mejor: las ganas de escribir, de repetir cosas ya dichas, pero no por él, de explorar con las palabras ese maravilloso y al mismo tiempo abominable mundo que lo rodeaba, de gozarlo a través de ellas, con ellas. Recordó dos frases de Cioran y corrió a buscar el libro. La primera: "No se escribe porque se tenga algo que decir, sino porque se tienen ganas de decir algo". La siguiente: "Un libro debe hurgar en las heridas, provocarlas incluso. Un libro debe ser un peligro". Entre esas dos frases quisiera establecer su poética, tal vez podría partir de allí. Tomó la pluma, escribió las frases de E.M. y permaneció inmóvil, escuchando una canción de Caetano Veloso que sorprendentemente transmitía la radio, y tratando de adivinar a qué nombres remitían las iniciales de Cioran. Acabó por abandonar la cama y volvió a asomarse a la ventana. Jamás podría escribir esas cinco cuartillas.

Por décima o undécima vez se lanzó al piso con el cuaderno y la pluma.

---

\* *Dominios*. Universidad Nacional Experimental Rafael María Baralt. N° 9. Enero 1994, pp. 111-112.